

ADELANTE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Trimestre..... 2'00 ptas.
Mes..... 0'75 »

AÑO II.

NUM. 60.

DAIMIEL 5 DE MARZO DE 1924

SE PUBLICA LOS MIERCOLES

PAGO ANTICIPADO

MIERCOLES DE CENIZA



La ceremonia de imponer la ceniza a los fieles, dá nombre a este primer día de Cuaresma. Sus oficios revisten gran solemnidad y sus ceremonias encierran los más profundos misterios

La Iglesia, nuestra madre, nos exhorta al arrepentimiento y a la penitencia, y comienza poniendo a nuestra consideración esa idea siempre vieja y siempre nueva, esa verdad terrible para unos y consoladora para otros, contra la cual no valen argumentos ni sofismas, y ante cuya evidencia doblan su cerviz los grandes y los pequeños, los sabios y los ignorantes, los gobernantes y los gobernados, los ricos y los pobres; la idea de la muerte.

El pecado de Adán produjo un desequilibrio en la naturaleza humana; las pasiones desbordadas se sobrepusieron a la razón, y la soberbia y la sensualidad se apoderaron del corazón humano. Y se propagó de tal modo la corrupción, y se nubló con tan densas nieblas la razón de los descendientes de Adán, que ni las aguas del diluvio pudieron borrar de la tierra tanta inmundicia, ni la luz que irradiaba de los patriarcas y profetas pudo llevar a los hombres por los derroteros que el Criador les había señalado. Los motivos que excitan al mal son tan poderosos que no hay, por lo general, medios naturales para vencerlos; siendo preciso para lograr una completa victoria sobre el demonio, el mundo y la carne, apelar a los medios sobrenaturales que Jesucristo nos ha proporcionado y que sólo la Iglesia católica posee como administradora.

Por eso no hay situación ni circunstancia en que esta sabia y santa Maestra no procure ayudar a sus hijos en la lucha que han de sostener contra los enemigos de su salvación; y al empezar hoy el santo tiempo de cuaresma, llama nuestra atención hácia el primero de los novísimos o postrimerías del hombre, y extendiendo un poco de ceniza sobre nuestra frente, nos hace oír aquellas terribles palabras que se oyeron en el

Paraiso después de la primera desobediencia: «Volverás a la tierra de donde has salido».

¿Y qué cosa más a propósito para inspirar horror al pecado que la consideración de la muerte, la contemplación de la ceniza? Así nos hace ver la Iglesia lo deleznable de todas las cosas del mundo; nos recuerda que somos como la flor de un día, que al menor soplo cae, tronchado su tallo, para convertirse en podredumbre y gusanos. Riquezas, honores, gustos y placeres de todas clases, ¿qué sois sino imperceptibles cenizas que se disipan al momento y de las que no quedan sino tristes recuerdos? ¿Qué se ha hecho de aquel puesto tan codiciado, de aquel destino que tanto ambicionamos y por el que tal vez vendimos nuestra conciencia, torcimos la justicia, arruinamos una familia, despreciamos la honra ajena, o la nuestra propia, y no hubo prueba a que no nos sometiéramos para alcanzarlo?

¡Ah!, la ambición de otro más poderoso, quizás nos lo ha arrebatado; y de todos nuestros esfuerzos, y de todos nuestros desvelos, y de todos aquellos bienes con que soñábamos; de todas aquellas distinciones con que nos envaneíamos, y de tantas y tantas adulaciones como recibíamos, nada queda y nada conservamos, como no sean tristes recuerdos, desengaños crueles, ténues cenizas, que más de una vez regamos con abundante, pero tardío llanto.

¿Qué ha sido de aquellos deleites que embargaron nuestros sentidos, de aquellos placeres con que embriagamos nuestra alma, y de aquellos goces que esclavizaron todo nuestro ser? ¡Ah!, pasaron como rayo destructor que deslumbra y ciega a los incautos que se atreven a mirarlo, no dejando tras sí otra cosa que esparcidas cenizas del daño que causaron.

Nada más natural, por lo tanto, que en medio de las persecuciones de que es objeto la Iglesia de Jesucristo, ésta cubra la cabeza de sus hijos con ceniza, implorando lo

A. N. M.
DAIMIEL